

SER PADRES

I. Soy HIJO, HERMANO y PADRE:

Dios es mi PADRE:

1. Mi origen está en la Trinidad: soy creado en el Hijo mediante el Espíritu por voluntad del Padre.
2. En Dios, mi Padre, vivo, me muevo y existo. Andamos siempre juntos, él dando y yo recibiendo, él llamando y yo respondiéndole. Él es el sentido de mi vida.
3. Dios me ama de modo absolutamente personal, como a un hijo único e irrepetible.
4. La característica del amor paternal de Dios es la misericordia: Él siente ternura hacia mí, ser frágil, pequeño y a medio hacer.

Soy HIJO:

1. Dios tiene un hijo único, en quien se expresa totalmente y a quien se da totalmente.
2. Su Hijo, sin dejar de ser Dios se hizo hombre: tradujo a la realidad humana su realidad eterna de Hijo. Por eso la vida de Jesús consistió en hacer la voluntad del Padre.
3. Yo he sido destinado a ser hijo en el Hijo. Después de que el Padre resucitara a su Hijo, nos dio el don del Espíritu que transforma nuestro ser.
4. Un objetivo fundamental de mi vida es crecer como hijo, de modo cada vez más consciente, libre y maduro. Quiero cumplir la voluntad de mi padre en todas las circunstancias y avatares de mi existencia.

Soy HERMANO:

1. Tengo hermanos, porque Dios ha creado otros hijos, a los que quiere tanto como a mí.
2. Como hermano, el Padre me hace responsable de los otros hermanos.
3. Todos somos hermanos de todos. Por eso todos hemos de dar y recibir, sin exclusivismos.

Soy PADRE:

1. Sólo hay un Padre absoluto: Dios. Los demás somos hermanos e instrumentos de ese Padre.
2. La paternidad humana es imagen e instrumento de la divina: consiste en dar ser a costa del propio ser y movidos por el amor.
3. Mis hijos significan tanto para mí, que siento constantemente una doble tentación: apropiármelos como si fueren míos y centrar exclusivamente en ellos toda mi capacidad de amar.
4. La voz del Padre, a través de Jesús, me recuerda constantemente que no son míos sino suyos.
5. Dios me recuerda que he de ser padre de muchos: de todo hermano con quien me encuentre.

II. En la FAMILIA aprendo a ser HIJO, HERMANO Y PADRE

1. La familia ha sido concebida por Dios como lugar apropiado para la transmisión de la vida humana y, sobre todo, como lugar de aprendizaje de la filiación, la fraternidad y la paternidad.
2. La familia no valora a sus miembros por lo que aportan, sino por lo que son, y eso resulta determinante para crear en la sociedad unas relaciones más humanas, gratuitas y libres; menos materialistas y utilitarias. La calidad de una sociedad depende en gran parte de la calidad de las familias que hay en ella.
3. Los padres podemos atentar contra la filiación, la fraternidad y la paternidad cuando nos entregamos absolutamente a un hijo, queremos ver en él totalmente reflejada nuestra imagen soñada y le incapacitamos para ser él mismo y para compartirse como hermano.
4. Los hijos pueden hacer lo mismo exigiendo de los padres la entrega total, contra los derechos del matrimonio de sus padres, y arrogándose la condición de hijos únicos, contra la existencia de los propios hermanos.
5. La familia no lo es todo: ha de ser complementada por otras relaciones que tienen la misma finalidad. Primero porque hay otros signos de la presencia del Padre. Segundo, porque la amplitud de relaciones suple las deficiencias de la misma familia.

III. En el MATRIMONIO, signo e instrumento de la PATERNIDAD DIVINA

Una PATERNIDAD COMPARTIDA:

1. El matrimonio es una forma privilegiada del ejercicio de la paternidad por los hijos de Dios, que a ello son llamados por el Padre.
2. Este signo de la paternidad divina se refiere a la relación de marido y mujer: ninguno aisladamente puede apropiársela.
3. La paternidad debe ser compartida por la gran cantidad de factores actuales que han hecho evolucionar a la familia. Las relaciones de pareja se ven confrontadas a nuevas situaciones: trabajo de ambos fuera de casa, independencia económica, problemas de comunicación, dificultad de compromiso en un mundo en que todo parece provisional...

El MATRIMONIO como VOCACIÓN y MISIÓN:

1. El matrimonio adquiere la calidad de vocación y misión compartidas.
2. La vocación cristiana matrimonial supone aceptar al cónyuge como don del Padre, ayuda y compañía para la nueva misión a compartir.
3. Esta misión se realiza en la generación y educación de los hijos, pero va más allá para convertirse en un servicio a la filiación de toda la sociedad, a la que aporta un especial sentido de responsabilidad paterna, de previsión del futuro y de misericordia.
4. En el seno de la Iglesia, nuestra misión estaría en ayudar a la comunidad cristiana a ser auténtica comunidad de amor y de cooperación corresponsable de todos sus miembros.

PARA REFLEXIONAR Y ORAR:

1. De todo lo que hemos leído, ¿qué puntos no son del todo verdad en nuestra vida?
2. ¿Qué novedades hemos descubierto en esta lectura?
3. ¿Cuál es el reparto de papeles en nuestra pareja? ¿Cuál es la especificidad de cada uno en relación con los hijos? ¿Compartimos verdaderamente la vida de la casa?
3. ¿Tenemos conciencia de que nuestro matrimonio es una vocación y una misión confiada por el Padre? ¿En qué lo reflejamos?
4. ¿Ponemos nuestra paternidad compartida al servicio de la sociedad? ¿Y de la Iglesia?

Texto Bíblico: Tobías 4, 3-21

Oración Final:

Bendice, alma mía, al Señor,
Y todo mi ser a su santo nombre.
Bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides sus beneficios.

Él perdona todas tus culpas
y cura todas tus enfermedades;
él rescata tu vida de la fosa
y te colma de gracia y de ternura;
él sacia de bienes tus anhelos,
y como un águila se renueva tu juventud.

El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia;
no está siempre acusando
ni guarda rencor perpetuo;
no nos trata como merecen nuestros pecados
ni nos paga según nuestras culpas.

Como se levanta el cielo sobre la tierra,
se levanta su bondad sobre sus fieles;
como dista el oriente del ocaso,
así aleja de nosotros nuestros delitos.

Como un padre siente ternura por sus hijos,
siente el Señor ternura por sus fieles;
porque él conoce nuestra masa,
se acuerda de que somos barro.

Benedicid al Señor, ejércitos suyos,
servidores que cumplís sus deseos.
Benedicid al Señor, todas sus obras,
en todo lugar de su imperio.

¡Bendice, alma mía, al Señor!